

Azares y elecciones

Jean Duvignaud

A menudo he intentado escaparme del ghetto intelectual y he buscado un desafío en lo que comúnmente se llama «el campo», o más sencillamente, lo «vivido social» de mis contemporáneos. Una combinación de azares y de elecciones...

En 1940, huyendo de la invasión nazi, abandoné mis estudios y me convertí en obrero agrícola en Roussillon; en 1943, a fin de no ser reclutado en Alemania, me encontré repentinamente rodeado de choferes de camión y carpinteros en la costa atlántica, encargado además de verter algún veneno en el cemento de las fortificaciones enemigas. Cuando llegó la paz, ya siendo profesor de filosofía, mi «campo» fue el de la provincia, con los jóvenes recién salidos de la guerra. En Abbeville, en Picardie, probé el poder de la acción dramática sobre unas consciencias todavía «tradicionales»: siguiendo la sugerencia de Paulhan, puse en escena el *Woyzeck* de Buchner provocando cierto escándalo. Después, en Etampes, en la provincia de Brie, no intenté imponer un saber, sino extraer de los jóvenes las semillas de aquello que sabían sin saberlo. Uno de esos alumnos era Georges Perec: una amistad literaria que jamás ha sido desmentida.

Al mismo tiempo, gracias a Vilar, Blin, Adamov, Ionesco, Serrau, me sumergí en el mundo, tanto más vivo entonces cuanto que era minoritario, de los actores, de los directores y de los poetas, ¿habría yo escrito acaso sobre el teatro de no haber practicado sus oficios y recogido largos testimonios de ese mundo de lo imaginario?

La guerra continuaba en Argelia, al lado de dos países ya independientes, ¿qué era ese Magreb, del cual se hablaba más de lo que se conocía? Fui nombrado profesor en la joven Universidad de Túnez: conduje a los estudiantes en esa formación viva que se adquiere tan sólo mediante la experien-

cia misma de la vida colectiva, en ese pueblo de Chebika, en el que estuvimos durante cuatro años. En aquella época no pensaba en hacer de esa experiencia un libro —lo que no inicié sino más tarde, a solicitud de Schiffrin, el editor de Nueva York, a mi regreso a Francia— sino más bien, en empaparme como una esponja de la existencia de una comunidad en espera de su desarrollo.

En esa época viajé un poco: la India, en donde tuve el placer y el honor de encontrarme con Octavio Paz, Japón, Brasil, México. No es alabar el decir que este último país me fascinó por su vitalidad y su energía. Lamentablemente, no trabajé allí.

Me quedaba por descubrir Francia —que uno cree conocer y que es, a veces, imprevisible. Profesor en la Universidad de Tours con la ayuda de colaboradores que había formado —Corbeau, Guedez, etcétera— intentamos devolver la palabra a hombres y mujeres que nunca la habían tenido: es lo que he llamado «El lenguaje perdido». Emprendimos y luego publicamos el estudio de la juventud de los años sesenta, *El planeta de los jóvenes*, texto acerca de las creencias sobre la muerte, la sexualidad, el más allá; *Los tabúes de los franceses* y, sobre todo, *El banco de los sueños*, para intentar establecer el vínculo entre la situación social y los contenidos de los escenarios oníricos.

Comisionado por la UNESCO fui a Uruguay para participar en la organización de un centro de investigación, y a Brasil, al Centro de Estudios de Río, y con Gilberto Freyre a Recife. Antes de las dictaduras, regresé a Brasil al Ceara, a Fortaleza por más tiempo, y promoví el intercambio de docentes, de investigadores y de estudiantes entre las universidades, para de este modo proteger a algunos intelectuales de la represión militar. Continué con este trabajo cuando fui nombrado profesor en la Universidad de París VII, donde condujimos un estudio sobre las actitudes de los franceses ante las nuevas tecnologías. Entonces, incité a los estudiosos a iniciar investigaciones sobre los suburbios, los acontecimientos cotidianos, las mutaciones urbanas, etcétera. Sin embargo, lamentablemente, no me fueron consentidos los medios para emprender una encuesta sobre el aburrimiento social —sin duda fuente de trastornos aún mayores que la «miseria», abstracta definición administrativa.

Debo decir que prosigo esos ejercicios de comparaciones de la expresión cultural, participando en las actividades de la «Casa de las culturas del mundo» que dirige Cherif Khaznadar y de la cual soy presidente: el sueño de Artaud realizado, dedicado a la circulación de las formas rituales de teatralización propias de las civilizaciones todavía vivas, hoy día.

Si me queda algún tiempo libre, intento proseguir con el libro *El don de nada* o bien *Fiestas y civilizaciones* buscando las actitudes y comportamientos múltiples que —en las sociedades presentes— no desembocan en ninguna funcionalidad, libres, según dice Kant, de toda finalidad: el juego, el placer, la libertad, la moral. El precio de las cosas sin precio.

Por otra parte, se trata también de escribir, y como decía Husserl, «se trata de llevar la experiencia aún muda a la expresión pura de su propio sentido».

Un trabajo infinito que otros proseguirán.